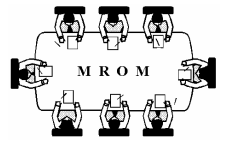


MESA DE REFLEXIÓN DE LA OPOSICIÓN MODERADA



La Habana, 5 de Enero de 2003

Ante todo queremos agradecer a los organizadores de este evento la posibilidad de participar en el siempre urgente e impostergable intercambio de ideas. Los que estamos obligados a imaginar una nación adulta desde la innecesaria y fragmentada Cuba debemos instaurar la realidad del diálogo perpetuo sobre las ruinas de la revolución perpetua.

Y el punto de partida mejor para pensar y rearmar esa nación es estrictamente la reconciliación nacional. Una reconciliación que no se reduzca a la operación táctica de un pacto político sino que se abra a la visión estratégica de los fundamentos de nuestra cultura. Nuestro desencuentro ha sido esencialmente cultural y es en y por la cultura donde debíamos, ya ayer, empezar a reencontrarnos.

Todo comenzó a fallar cuando nuestras elites perdieron el sentido de la escucha, el poder del diálogo, el ritmo de la moderación, el concepto de país y la tabla de nuestros derechos y responsabilidades como ciudadanos. Destruído esto, se hizo muy difícil reproducir el círculo virtuoso que va del país cultural al país de las instituciones.

A estas alturas estamos exageradamente necesitados de tal sentido, de este poder, de ese ritmo, de dicho concepto y de aquella tabla para que la reconciliación estratégica no se malogre en la reconciliación táctica. Los intereses deben volver a supeditarse a los valores. Por eso la reconciliación nacional es para nosotros la línea maestra de la democratización posible.

Con buena fortuna, estamos hablando de reconciliación en un nuevo contexto. El agotamiento y desprestigio de la violencia como método para zanjar las diferencias y como vehículo de agendas sociales y políticas es un hecho que deslegitima nuestros ritmos históricos.

Cuba es ejemplar en ambos sentidos. Ni la llamada revolución –con su violencia institucionalizada– articuló un progreso sustentable y sustentado en la libertad ni la denominada contrarrevolución – con su violencia en los Everglades– puede actualizar su promesa democrática. Ambas, que mantienen su pulso a destiempo, se encuentran atrapadas por la indiferencia de los supuestos beneficiarios y por el potente reflector de los derechos humanos. Detrás de sus discursos duros y absolutos, los cubanos se reconcilian en la familia, en la religión, en la cultura, en una sana aproximación a las minorías y en su demanda informal pero potente de ser reconocidos como sujetos.

Ante estos hechos se evapora la intolerancia: el combustible cultural de nuestra histórica maquinaria de violencias.

Si escuchamos a la nación cultural de un país fragmentado en diversos espacios, nos daremos cuenta que la reconciliación nacional ya empezó. Son ciertas elites las que se divorcian de nuestra nación y no al revés. Por eso la reconciliación debe continuar ascendiendo hacia aquellos que desde las estructuras de poder: político, económico y cultural intentan moldear una nación que no quiere seguir siendo rehén de comportamientos atávicos heredados.

La responsabilidad mayor para completar el círculo de la reconciliación recae, por tanto, en nuestras elites. En la cerrada elite del gobierno que, contra todas las evidencias de la calle y los hogares cubanos, persevera en el error de considerarse el único intérprete legítimo de la verdad social; en esa otra elite que, en la desesperación comprensible por otra Cuba, despliega agendas políticas que supondrían una nueva invención física de los cubanos, y en la que, buscando los

* Secretaría Ejecutiva: Trocadero 414 entre San Nicolás y Galiano. Centro Habana. Telefax: 206 09 12
Correos electrónicos: mrom2381@hotmail.com y cosdec2002@yahoo.es

hilos civilizados de comunicación entre los cubanos de ayer, de hoy y de mañana, sabe que la nación se perdería en la absurda reproducción de sus desgarramientos.

Porque se trata ante todo de buscar los hilos civilizados de comunicación, entendemos la reconciliación nacional como un esfuerzo dirigido a nuestras raíces para reconstruir el equilibrio y la armonía perdidos por el empleo de diferentes formas de violencia, desigualdades, injusticias y relaciones de dominio a lo largo de la historia. Es, en esencia, un proceso de incorporación que, desde la ética, engloba todas las zonas de la sociedad: la política, la economía, la cultura y las relaciones familiares, y se dirige a alcanzar la paz personal y social mediante el perdón, el diálogo, la negociación y la participación como caminos hacia la consolidación y el completamiento de la nación cubana.

Entendida así, la reconciliación nacional debería ser para nosotros la agenda política básica. No la agenda misma de la democratización cubana, sino su fundamento.

Como respuesta a los resultados negativos de la violencia –sicológica, física o verbal– la reconciliación debe comenzar por la vindicación ética y la moralización práctica de los instrumentos fundamentales de la política: el diálogo, la negociación, la transacción y el pacto. Estos no han gozado de prestigio histórico entre los cubanos ni de un campo simbólico de legitimación. Nuestros héroes, que sí lo son, se encuentran en el campo de los que construían la paz desde la guerra, no de los que trataron de construirla desde la paz misma. Y sin prestigiar la idea de que las soluciones fundamentales se obtienen a través de los fundamentos de un buen diálogo, la reconciliación nacional se encontrará con las barreras de nuestros prejuicios y de nuestras memorias.

El diálogo en el orden social y político y el perdón en el orden moral constituyen las posibilidades de una reconciliación exitosa.

Sería necesario un diálogo al menos en cuatro niveles fundamentales si se quiere lograr una reconciliación del **presente hacia el futuro**: un **diálogo ciudadano** que inserte a todos los cubanos tomados individualmente; un **diálogo social** que se abra a todos los sectores y minorías; un **diálogo institucional** que posibilite el intercambio y acercamiento con y entre las instituciones y un **diálogo político** que sienta las bases de la democratización. Pero se requiere retomar la idea religiosa del perdón si intentamos una definitiva reconciliación del **presente hacia el pasado**. En este sentido se impone un proceso de “*borrón y cuenta cerrada*”¹ para que la memoria no se erija como obstáculo del reencuentro nacional.

Creemos que es este el camino por el que podremos llegar a un pluralismo y una diversidad creativos partiendo del consenso público y racional de los ciudadanos. La democracia se reconstruirá así, no por un asalto a las instituciones, sino como resultado de esa política-proceso que tiene su fundamento en la nación cívica reconstruida por la reconciliación nacional.

La Mesa de Reflexión viene trabajando en lo que considera imprescindible como preámbulo de la democratización de Cuba y como contenido básico de la reconciliación nacional: los derechos humanos.

El Anteproyecto de Carta de Derechos y Deberes Fundamentales de los Cubanos –en su consulta han participado hasta la fecha más de 28 000 cubanos de todas las diferencias– nace del convencimiento de que la nación democrática debe estar precedida por la nación de los derechos.

De este modo tendremos una sociedad civil –asiento de la pluralidad, la diferencia y la diversidad– civilizada por el diálogo y el consenso en los valores, y de donde nacerá la democracia creativamente anticipada, también, por la reconciliación nacional.

Manuel Cuesta Morúa
Moderador

Fernando Sánchez López
Presidente, Partido de Solidaridad Democrática

¹ Dagoberto Valdés. Presidente de la Comisión de Justicia y Paz de la Iglesia Católica y Director del Centro de Formación Cívica de la provincia de Pinar del Río. En: ponencia para la IV Semana Católica de Cuba. Pinar del Río, 20 de junio de 1999.